

los vivos y perjudicarles por todos los medios posibles. Únicamente entre pueblos que han instituido en sus sociedades el culto de los antepasados, es donde hallamos la conclusión razonable que, por lo menos, los padres y los ascendientes no tenían ningún motivo, aún después de muertos, para tener disposiciones hostiles con respecto á sus hijos y descendientes mientras éstos les rindieran los honores que les debían y no les dejasen carecer de nada, y que en vez de temer á las almas de estos muertos se les podía invocar como protectores y defensores. Pero abstracción hecha de este caso particular, el espíritu desencarnado de los muertos era, ó como entre los Griegos una infeliz sombra digna de piedad, llevando una existencia sin alegría en el frío y la obscuridad, feliz con poder de vez en cuando beberse un trago de sangre caliente é impotente para ayudarse á sí misma y ayudar á los seres vivos, ó bien como entre casi todos los pueblos en estado natural en nuestros días, y sin duda entre la mayor parte de las tribus antes de la civilización, un espectro salvaje y cruel que no podía afortunadamente hacer daño más que entre las sombras de la noche y en sitios determinados y contra el cual había varios medios de defensa. Se podía aplacar á esas almas, así como al Dios aún más poderoso y más terrible, valiéndose de sacrificios; se les podía mantener á distancia y protegerse contra sus malos propósitos por medio de palabras misteriosas, de fórmulas mágicas, de sortilegios, de los ritos y de los amuletos cuyo simbolismo no podríamos explicar aquí sin salirnos del marco de este trabajo.

No había ninguna dificultad para asignar sitio á todos esos productos de la imaginación mientras el hombre se representaba la tierra como un disco, como un pavimento colocado encima de un sótano, y el cielo como una techumbre de cristal. De este modo se tenían todas las comodidades domésticas, todo el espacio necesario para un mundo subterráneo y supra-terrestre que se podía poblar por una parte con demonios y espectros, y por otra parte con dioses, ánge-

les y bienaventurados. No empezó á notarse dificultad sino cuando la teoría de Copérnico mostró en la tierra un globo suspendido y moviéndose libremente en el espacio, girando alrededor de su eje y no teniendo ni un encima ni un debajo. La imaginación entonces se vió obligada á hacer la mudanza de su paraíso y de su infierno; el mundo infernal fué á parar no ya bajo la tierra, sino en su interior desconocido, y el mundo supra-terrestre no ya en un éter inconcebible situado más allá de la capa celeste visible, sino en otros cuerpos celestes, en estrellas y en soles distantes de la tierra. Esa es una concepción que encontramos, no sólo en el pueblo que candorosamente divaga, sino en otros también; en Schelling cuyos ensueños confusos y las ringleras de palabras que no encierran ninguna representación intelectual, se declaran por los sacerdotes oficiales del fetichismo verbal como siendo filosofía, y si les apuran hasta ciencia. Espíritus más sutiles, más hábiles para vaciar las representaciones de todo núcleo concreto han hecho del alma una emanación inmaterial, desprovista de dimensiones, de Dios que, después de la muerte del cuerpo, retornaría á Dios. Gracias á estas fórmulas vacías de sentido, se estaba ya libre del cuidado de encontrar un sitio para la morada de las almas, y no obstante, aun así sutilizada, el alma descubre siempre su descendencia del fantasma tosco del hombre primitivo y su origen en el terror que la conciencia experimentaba ante el pensamiento del anclamiento personal.

Tal es, si se evita todo el misticismo que ha embrumado andando el tiempo este dominio importante de la bio-psicología, la historia natural de la religión. Ha surgido del deseo de conocer que es una de las formas del instinto de conservación, y directamente de este instinto mismo (1). Estas dos

(1) La famosa afirmación de Lucrecio que todavía reprodujo Feuerbach: «... *Primus in orbe Deos timor fecit*». («El miedo es quien primero ha engendrado Dioses sobre la tierra»), se queda demasiado en la superficie y no inquiere bastante las raíces psicológicas de este fenómeno. Todo el quinto

raíces no pueden ser arrancadas de la conciencia y de la subconciencia; el hombre estará siempre sediento de conocimiento; para que dejase de estar atormentado por esta sed, sería menester ó que llegase á ser onmisciente ó que se resignase estúpidamente á su ignorancia, y estas dos eventualidades son igualmente inverosímiles. Del mismo modo, el hombre tendrá siempre apego á la vida, puesto que independientemente de toda reflexión que le hace reconocer por la razón el valor de la existencia, siente los procesos vitales en todas las células de su organismo bajo forma de un sentimiento de placer continuo y no quisiera renunciar á esta sensación ni podría pensar en su desaparición sin que le invada el horror. Con la edad, la sensación de placer que acompaña al simple hecho de la existencia se va secando poco á poco al mismo tiempo que la regularidad y la intensidad de los procesos vitales en las células, y cuando esa sensación ya no es la nota fundamental de la cenestesia, la voluntad de vivir se va apagando progresivamente, y puede llegar á la indiferencia con respecto al fin de la vida y aún hasta á veces á una necesidad de reposo y aun deseo positivo de morir. En la enfermedad y en catástrofes morales los sufrimientos corporales y psíquicos pueden igualmente sobreponerse al sentimiento de placer vital permanente y extinguirle por completo; en

libro tan admirado del *De natura rerum* no es más que un desarrollo retórico de este pensamiento («*Unde etiam nunc est mortalibus insitus horror,*» etc., «*cui non animus formidine Divum — Contrahitur, cui non conrepunt membra pavore — Fulminis horribili quum plaga torrida tellus — Contremet,*» etc.), que la angustia producida por los grandes fenómenos de la naturaleza ha sido la fuente de la creencia en los dioses. Pero esta angustia no es más que un caso particular de la voluntad de vivir que se manifiesta negativamente en el temor á la muerte; no son pues el relámpago y el trueno los que han hecho surgir la idea de la existencia de los dioses, sino que es el temor á la muerte en general, á esa muerte cuyo relámpago amenaza también al hombre y cuyo trueno le espanta lo que la ha sugerido; y no el temor á la muerte sólo, que no es más que una de las fuentes de la fe, sino también el deseo de conocer la razón de las cosas.

los casos de este género la aspiración cambia de signo y tiene por objeto no ya la conservación de la existencia, sino su aniquilamiento. Pero abstracción hecha de estas excepciones, la voluntad de vivir está siempre presente y la idea de la disolución completa y definitiva de la personalidad se presenta como insostenible lo mismo á la conciencia que al sentimiento. Por esta razón, el hombre siempre buscará explicaciones de los fenómenos cósmicos, meditará siempre acerca de la razón ó por lo menos acerca del encadenamiento y el orden de las cosas, gozará siempre con las delicias de la existencia y se estremecerá de horror ante la muerte. Ahora bien; la ineluctable imposición íntima que le obliga á ocuparse en estas cuestiones y á atender á esos movimientos de su alma constituye precisamente el sentimiento religioso; la naturaleza misma de éste explica que le acompañen las más fuertes emociones; todo lo que toca á las raíces más profundas de la vida que producen y alimentan la conciencia y la personalidad, provoca las emociones más intensas. Además, las leyes de la asociación explican por qué toda emoción extraordinaria hasta cuando proviene de otras fuentes, despierta á su vez esta emoción fundamental que vibra en torno de la vida y de la muerte y por ella se hace más intensa. Esto explica por qué á un amor grande, á la pasión que trastorna profundamente, á la angustia que oprime, á las poderosas impresiones de lo bello ó de lo sublime, vienen á mezclarse notas religiosas. Y como el pensamiento se desenvuelve bajo la influencia de los sentimientos que determinan su dirección, la polarizan por decirlo así, es evidente que cuantas veces el alma se halla embargada por la emoción religiosa, es decir cuantas veces es sacudida por el estremecimiento del misterio de la vida y de la fatalidad de la muerte, el conjunto de las representaciones que forman el contenido de la conciencia se agrupa alrededor de estas cuestiones de eternidad y estas representaciones, juntándose, uniéndose, forman invenciones fantásticas, intuiciones, adivinaciones, ensueños ó sistemas completos. Del mismo modo que la

emoción religiosa transporta las ideas de la realidad y de la experiencia en un mundo de ensueño, así todo ensueño en el curso del cual la conciencia se encuentra transportada desde la esfera de las apercepciones y de los juicios inteligibles al Océano sin límites de la imaginación, hace vibrar á su vez la nota de la emoción religiosa. Sucede esto singularmente en el trabajo cerebral de la invención artística y en las preocupaciones de las cosas estéticas que un lazo biológico relaciona con la sexualidad. El deleite, la admiración, el enterneamiento, la conmoción, la languidez, el recogimiento religiosos tienen, por bajo del umbral de la conciencia, anastomosis con las raíces de la emoción religiosa, y en la disposición de alma que de aquéllos resulta y que puede exaltarse hasta el entusiasmo divagante, el éxtasis y la transfiguración, estos diferentes elementos emocionales no pueden ya separarse los unos de los otros.

El sentimiento religioso se ha despertado en el hombre cuando su desarrollo intelectual ha alcanzado el grado en que es ya capaz de plantearse la pregunta: «¿por qué?» y en que se ha hecho consciente de la fatalidad de la muerte. En cuanto á saber si este sentimiento desaparecerá cuando un día el hombre haya reconocido que es vano buscar la razón de los fenómenos y haya orientado por principio su necesidad de conocer hacia otros objetos más accesibles, cuando su rebelión instintiva contra la ley de desaparición de la personalidad se haya aplacado y haya aprendido á pensar con ecuanimidad en su fin ineluctable, ese es un problema que queda abierto. Es probable que, aun entonces, las viejas impulsiones y angustias del hombre primitivo harán atávicamente á trechos, irrupción en el trabajo del entendimiento donde resonarán como una vaga música distante y volverán á despertar emociones que serán sentidas como bellas y nobles, á las cuales se concederá un alto valor y que se sentirá agrado en producir por medios artísticos. A esto es á lo que se referían D. F. Strauss. (*La antigua y la nueva fe*), M. Guyau (*La irreligión del porvenir*) y á lo que yo también me refería (*Las*

mentiras convencionales de nuestra civilización), cuando coincidíamos en la idea que en la civilización del porvenir el arte sustituirá á la fe y que los conciertos, las representaciones teatrales, las exposiciones artísticas, las solemnidades estéticas de todo género reemplazarán á los ritos de los templos. Ciertamente es no obstante, que las representaciones que la emoción religiosa evocaba primitivamente en la conciencia acabarán por desprenderse de su lazo con este sentimiento y por disiparse poco á poco.

Un sentimiento tan profundo, tan intenso y tan general como el sentimiento religioso no podía naturalmente dejar de ejercer influencia sobre las relaciones recíprocas de los hombres. Pero esta influencia ha sido exagerada desmesuradamente. La frase singularmente arbitraria de Gœthe que en el fondo todas las guerras han sido guerras de religión, es repetida con tono doctoral por docenas de pretendidos filósofos de la historia. Para Schelling la religión constituye el contenido esencial de la historia, para Bunsen es la fuerza motriz primordial y permanente. Esto está en contradicción con todos los hechos de la historia. Si los Romanos han hecho la guerra y han vencido primero á sus vecinos de la Italia central, han conquistado luego á Italia y finalmente á todo el Universo entonces conocido, lo han hecho no por razones religiosas, sino por pasión de codicia y de dominación, es decir por impulsión parasítica. En vano también se buscarían móviles religiosos en los movimientos de la migración de los pueblos de donde ha salido la formación de los Estados europeos. La invasión de los Mongoles en la Edad Media no tenía seguramente nada que ver con la religión, y sólo una sofística sutil que va á buscar muy lejos argucias y pseudo-argumentos, podría quizá conseguir asignar móviles religiosos á las guerras de la Revolución y de Napoleón. Hasta en las guerras que á primera vista parecen realmente haber sido emprendidas por la fe, como en la lucha de setecientos años de los Iberos, de los Romanos y Godos, de España contra los moros, en las Cruzadas, en la guerra de los Treinta Años, se

ven operar tantas causas políticas, económicas y sociales que ante un examen atento la parte de la religión se reduce considerablemente. Lo que sí es cierto, es que toda emoción común á los hombres los acerca unos á otros; y esto es pues, igualmente y muy especialmente verdad tratándose de la emoción religiosa que hemos aprendido á conocer como la más intensa. Los que han llorado y reído juntos no son nunca extraños unos á otros, pero mucho más sólido que las emociones superficiales de un enternecimiento ó de una alegría fortuita y fugitiva es el lazo constituido por concepciones idénticas del mundo y de la vida, del aquí abajo y del más allá, y sobre todo por la adoración de los mismos dioses ó del mismo Dios. Porque ésta es algo más que una sencilla filosofía abstracta, no sólo para el hombre primitivo, sino también, sino aun para el creyente civilizado de nuestros días; tiene para ellos la importancia práctica de asegurarles la benevolencia de los poderes sobrenaturales. Ahora bien, si la divinidad es un rey y un conquistador omnipotente, temible como enemigo, refugio y defensa incomparable como protector dispensador de mercedes, es preciso atribuir el más grande valor á la comunidad de su adoración y considerarse gravemente amenazado por quien quiera que irrite á la divinidad nacional negándole sus homenajes y pueda atraer su furor contra el pueblo entero. Si además se tiene en cuenta la soberbia natural al hombre que está siempre convencido de que tiene razón, su repugnancia instintiva contra todo lo que difiere de él, le trastorna en sus costumbres, se pone en contradicción con su manera de pensar y de sentir, si se recuerda que toda antinomia le parece ser una premeditada provocación permanente, se comprende el odio fanático contra los disidentes religiosos, odio que sin embargo, ha dado con más frecuencia lugar á persecuciones dirigidas contra minorías en el interior que á guerras extranjeras.

Un sentimiento tan general, tan poderoso, tan profundamente arraigado como la religiosidad no podía pasar inadvertido para los que querían adquirir autoridad é influencia

sobre los hombres ni ser por ellos descuidado. No tardó en elevarse por encima de la muchedumbre una clase diferenciada que pretendía saber más acerca de los poderes sobrenaturales, estar más cerca de ellos, tener sobre ellos una influencia más grande que los demás y que se apoderó del muy ventajoso monopolio de intermediarios para el cambio de donativos entre el creyente que rezaba y ofrecía sacrificios por una parte, y los dioses, los espíritus y las almas que concedían favores, por otra parte. Los intermediarios que vivían de la fe y pretendían poseer por sí mismos una ciencia y un poder sobrenaturales formaban ya sea una profesión que se reclutaba individualmente, como los hechiceros Griotes de los negros del África occidental y los curanderos de los Indios norteamericanos, ya sea castas que descendían de los conquistadores, como los brahmanes de la India, y procuraban conservar sin esfuerzo permanente y sin peligro, por el prestigio de fábulas que intimidaban, los privilegios abusivos conquistados primitivamente con la punta de la espada, ó bien eran, como los sacerdotes y los levitas de la época de la independencia política del pueblo judío, la posteridad de un miembro de la tribu intelectualmente superior que había sabido hacerse pasar como el confidente, el favorito, el plenipotenciario de los poderes sobrenaturales. No hay sin embargo que figurarse que el parasitismo practicado por el clero á expensas de la comunidad de los creyentes sea en todos los casos una impostura premeditada, fría y calculada, como con frecuencia han pretendido librepensadores simplistas. Acciones de este género que tienen sus raíces en las profundidades subconscientes del espíritu humano y se remontan hasta el pasado prehistórico, no se realizan ó no se realizan sino muy excepcionalmente bajo la inspección de la clara conciencia. El sacerdote, tardíamente aparecido en la humanidad, se encuentra en presencia de una institución antigua, á veces inmemorial, de una iglesia sólidamente cimentada, con dogmas, tradiciones y ritos cristalizados. No se devana mucho los sesos pensando en su

origen, en su verdad y su sentido último, cree quizá él mismo en los dogmas que le enseñan y que tendrá que enseñar á su vez, ve en su sacerdocio una función y una dignidad comparables á todas las demás, halla moral y justo que le aseguren rentas regulares y ventajas morales, y disfruta de estos emolumentos sin ningún escrúpulo, aun cuando á veces le asalte alguna duda inquietante de sí lo que ofrece á los creyentes representa en realidad el equivalente de sus contribuciones. En cuanto una carrera es integrada en el plan permanente de la vida política y social, las gentes se dedican á ella sin mirar más allá, se la considera como un fin en sí y se experimenta la satisfacción del deber cumplido cuando se la sigue conforme á las prescripciones y se logran los objetivos materiales á los cuales conduce, á saber: los ascensos, honores, prebendas, etc. Por esto se puede perfectamente hasta en nuestros días, ser á la vez sacerdote y hombre leal y honrado á carta cabal, ejercer una actividad que consiste en explotar las concepciones delirantes de los hombres y no darse cuenta de ese carácter de semejante actividad. Es posible que los arúspices romanos no pudieran mirarse sin tener que reprimir la risa; es sin embargo, incontestable que ha habido bastante *harrper* que han interpretado concienzudamente el hígado de los animales del sacrificio como se lo enseñaron sobre el *templum*, reproducción del hígado animal que servía de medio de enseñanza en las escuelas que preparaban al sacerdocio, y el astrólogo estaba seguramente en paz con su conciencia cuando establecía un horóscopo según todas las reglas que no eran tan fáciles de aprender puesto que implicaban conocimientos astronómicos considerables.

El poder político no podía dejar el sentimiento religioso fuera de la esfera de su acción. Pronto reconoció que era para él una ventaja y una necesidad adoptar con respecto á él una actitud que le permitiese utilizarlo. Fácil le fué conseguirlo; desde el momento que los hombres se representaban á Dios como un rey, el rey no tenía más que representar á

Dios. En las grandes despotías asiáticas y en Egipto el rey pretendía obtener honores divinos; la misma Roma de los Césares conocía la adoración al soberano en los altares de los templos. Si el soberano no era Dios mismo, era hijo de Dios como Alejandro Magno, ó nacido de una familia de descendencia divina como la dinastía japonesa y las casas soberanas de la antigua Escandinavia y de la Germania pagana que hacían ascender su linaje á Thor y á Odhinn, ó por lo menos establecido por Dios, como todavía lo afirman expresamente en nuestros días todos los monarcas por la gracia de Dios. Lo que ha creado y mantiene al Estado es la violencia y la imposición del que reina y el miedo de los súbditos. No puede ocultársele al amo que sería para él una gran economía de fuerza si el temor á los poderes sobrenaturales viniese á reforzar el miedo inspirado por sus armas; por esto cultivaba este temor con tanto celo como ese miedo, y del mismo modo que engalanaba á sus guerreros y servidores con vestiduras brillantes, insignias y emblemas destinados á amedrentar á los súbditos, á llenarles de asombro, de admiración, de respeto y de angustia, dotó también á su poder del prestigio de un origen y de relaciones sobrenaturales y aumentó el efecto que producía su corona rodeándola con una aureola sagrada. La fe vino á ser un apoyo del trono, el sacerdote el mejor guardián del rey mientras el rey garantizaba al sacerdote sus privilegios. En la iglesia el súbdito aprendía teóricamente la obediencia que el ejecutor armado de la voluntad real le inculcaba prácticamente y el titular del poder encontró tan ventajoso este procedimiento que sostenía en todas partes la religión como una institución pública de primera importancia, casi tan importante como el ejército que á la verdad era todavía más importante, y que consideraba toda rebelión contra la religión como una rebelión contra su propio poder y facilitaba á la iglesia los medios de coacción para perseguir y extirpar á sus críticos, á sus adversarios y á sus renegados, abandonándola enteramente la educación espiritual del pueblo, ó por lo menos

asignando imperiosamente á sus doctrinas el primer sitio en la instrucción de la juventud y en la vida intelectual general, aun cuando las afirmaciones no demostradas de que se componían esas doctrinas se hallasen en oposición flagrante con todo lo que se enseñaba al mismo tiempo en las escuelas del Estado. «Hay que conservar al pueblo su fe» no es más que una transcripción de este pensamiento: «Hay que conservar al pueblo su sumisión al poder político, su aquiescencia á suministrar las gabelas y á pagar los impuestos». El detentador del poder defiende sus intereses á largo plazo sirviéndose directa é indirectamente de su autoridad para hacer predicar por la escuela, la cátedra, la literatura, el arte, los honores oficiales, como siendo dignas del mayor elogio, la fe, la piedad, la sumisión á Dios y para crear una concepción general que atribuye á estas cualidades un elevado valor moral. Nunca ni en ninguna parte ha habido, en los tiempos históricos, un poder político que haya renunciado á apoyarse también sobre el sentimiento religioso y á utilizar la fe como medio de gobierno. La separación de la Iglesia y del Estado realizada por la República francesa es un caso sin precedentes. Ha habido Estados que no hacían ellos mismos, oficialmente, profesión de ninguna fe determinada y garantizaban por lo contrario á sus ciudadanos el libre ejercicio de todos los cultos, pero en vano se buscaría en el pasado y, con excepción de Francia en el presente, un Estado que se haya emancipado deliberadamente de las concepciones delirantes de la creencia, que no haga apelación á ella en ninguno de sus decretos, que no la propague y la sostenga por los medios de que dispone, que no se sirva de ella para sus propios fines y no la considere como una institución de inapreciable valor. La innovación realizada por Francia es una tentativa audaz de establecer el Estado exclusivamente sobre la razón y sobre el poder reconocido, de contar con el hecho que los ciudadanos se someterán á todas las leyes y satisfarán á todas las exigencias del Estado en virtud de una pura y simple

comprensión de la utilidad del orden político ó de una apreciación razonable de los medios coercitivos de que el Estado dispone. Esta tentativa, por lo demás, no es atrevida más que porque es nueva, puesto que en realidad hecha abstracción del antiguo reino de Judea y quizá del Thibet, un Estado, aun de los que practican la solidaridad con la fe, no ha contado nunca exclusivamente con la religión, no se ha fiado nunca en que el súbdito pagaría los impuestos, derramaría por orden su sangre y obedecería á las autoridades por el simple temor de Dios; sino que siempre y en todas partes ha reforzado la Iglesia con el cuartel, ha puesto el guardia civil al lado del cura, ayudado al sermón con la multa, la prisión y la horca. En realidad, la diferencia entre el Estado laico y el Estado confesional no es pues tan grande como lo parece teóricamente, pero no por eso deja de constituir un hecho de innegable importancia que un Estado se haya emancipado de una ficción inmemorial y en todo caso cómoda, no orle ya más la práctica del poder con la teoría del derecho divino, ni invente un origen sobrenatural á preceptos humanos dictados por simples consideraciones de utilidad ni imponga en fin; á los ciudadanos sus deberes sin necesidad de unción ni de alzar á los cielos miradas piadosas.

El sentimiento religioso que no es más que una forma del instinto de conservación en su doble aspecto, como deseo de conocer y como horror ante la muerte, tenía necesariamente que producir en grados inferiores de desarrollo intelectual las religiones positivas, desde el fetichismo más grosero hasta el monoteísmo ergotizante, verbalista, que *hace* filosofía sistemática, «depurado». Ante un fenómeno que acompaña inevitablemente á la evolución, es ocioso preguntarse si es útil (1). Y no obstante, á partir del siglo del racio-

(1) Voltaire. *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, 2.^a parte, pág. 205, opone, á la verdad, un «no» sin distingos á esta cuestión. «La religión es la causa principal de todos los sufrimientos de la humanidad. En todas partes inútil, no ha servido sin embargo más que á

nalismo se ha suscitado con frecuencia la cuestión de si la religión ha sido útil á la humanidad y la respuesta ha sido generalmente afirmativa, aún por parte de los que estaban curados del vértigo de lo sobrenatural. Atribuyen á la religión el mérito de haber favorecido, acelerado, sino ya creado, la civilización, de haber enseñado la moral á los hombres, de haber domado sus instintos salvajes, de haberles enseñado la bondad y el amor al prójimo, de haberles dado ideales, de haber sido su consoladora (1). Todo eso es mostrarse singularmente benévolo hacia las pretensiones de la religión. Ninguna de ellas puede probar su fundamento razonable; la civilización no se ha desarrollado merced á la religión, sino á pesar de ella y casi siempre en lucha abierta contra ella; la religión no ha ejercido sobre la civilización una influencia favorable, sino por lo contrario, ésta es la que ha influido favorablemente sobre aquélla. Hay que volver del revés la lógica para ver en la suavización de las costumbres un efecto de la religión, cuando por lo contrario merced á esta suavización ha sido como la religión que en sus principios fué en todas partes sanguinaria y terrible, se convirtió en humana y clemente.

Al calmar su deseo de conocer con una respuesta enteramente arbitraria, la religión ha ejercido sobre el hombre en primer término una influencia funesta. El hombre ordinario es de índole tal que una afirmación categórica, repetida con perseverancia, obra sobre él inmediatamente como una sugestión y le convence más completamente que una demostración fría, circunspecta y paciente que su atención no le permite las más de las veces seguir sin cansancio. Á los hom-

empujar al mal ó á sumir á los hombres en el embrutecimiento y la calamidad... (Hace de la historia) «un vasto cuadro de las demencias humanas».

(1) J. J. Rousseau *Emilio*, I, IV: «Él (el cristianismo) los ha hecho (á los gobiernos) menos sanguinarios, como se prueba de hecho, comparándoles con los gobiernos antiguos».

bres que querían conocer la razón de las cosas, los inventores de fábulas religiosas y más tarde sus propagandistas profesionales, los sacerdotes, les dijeron afectando actitudes inspiradas: «Los dioses han creado el mundo, pueden libertaros del sufrimiento y de la muerte, vuestra alma vivirá eternamente» y así por el estilo. Y los que inquirían con angustia se quedaron satisfechos como los niños que preguntan á sus madres cómo han venido al mundo y reciben esta contestación pronunciada con tono de convicción: «os han traído de París». Los hombres están ávidos del pan del conocimiento, la religión les ofrece la piedra de que habla el cuento; esa piedra es indigesta, pero llena el estómago, procura una falsa sensación de saciedad y suprime ese hambre saludable que les impulsaría á un esfuerzo para procurarse un alimento provechoso. Era seguramente más cómodo responder á las preguntas sobre la eternidad que atormentan al hombre con ficciones que con la verdad; pero esta manera de responder era funesta para él, porque le procuraba la ilusión de estar en posesión de los informes tan deseados y paralizaba su impulsión natural á conquistar, á costa de esfuerzos y de errores, un conocimiento real de la naturaleza y del encadenamiento del fenómeno universal. No se puede ciertamente reprochar á la religión haber inventado fábulas y haberlas propuesto á título de explicaciones del mundo. La religión ha aparecido porque debía aparecer, porque el espíritu humano, en la época en que la inventó, no estaba todavía preparado más que para los entretenimientos de la imaginación y no para la observación seria, el examen crítico y la interpretación racional. Pero, por lo menos, que no se venga á afirmar que ha favorecido el desarrollo intelectual del hombre. Es una manifestación pueril del espíritu humano y se ha conservado artificialmente porque intereses prácticos muy positivos la han hecho entrar en su sistema de defensa; los intereses de los sacerdotes, del poder político, de todos los usufructuarios de un orden público en que una mayoría de explotados se ve impelida á la paciencia y á la con-

tinuación de sus sacrificios de todo género por la vana promesa de un más allá lleno de prebendas brillantes y de honores ó por la amenaza de una eterna prisión y de torturas infernales. Ha habido siempre individuos aislados que se han dado cuenta que la religión es una quimera y que sus afirmaciones no encierran el menor átomo de verdad; tenían las aptitudes y la vocación para llegar á ser los educadores de la muchedumbre menos ilustrada y para abrirle los ojos acerca de lo absurdo de su ilusión religiosa; hubieran podido acelerar la marcha del progreso, hacer despuntar siglos antes el alba del conocimiento positivo. La religión les selló los labios y les impidió despertar á la muchedumbre de su pesado letargo y de su vago ensueño; desde la copa de cicuta que la razón de Estado entremezclada con pretextos religiosos hizo vaciar á Sócrates, hasta las hogueras en que fueron quemados Giordano Bruno y Miguel Servet, la religión ha puesto en obra todos los medios de matanza para suprimir la crítica racional de sus cuentos y patrañas. ¡Y se pretende que haya sido un factor del progreso intelectual! Ni siquiera se concibe que se pueda tener la osadía de sustentar semejante afirmación.

Los panegiristas de la religión abandonan de buen grado el gran punto de vista del desarrollo general de la humanidad porque sienten que no están en terreno firme, y se limitan á insistir sobre los servicios particulares que la religión habría prestado á la civilización en esferas más circunscritas. Los frailes han puesto en cultivo bosques primitivos en Irlanda y en Alemania y roturado el suelo con el arado; han reanimado el desierto después de la tormenta de la invasión de los bárbaros. Sobre todos los puntos de la Europa occidental y central incultivada, los conventos han sido los primeros centros de trabajo pacífico y de la instrucción. Hasta el umbral de los tiempos modernos, los eclesiásticos han sido los únicos que han fundado y sostenido escuelas y cultivado el amor á las letras. Es verdad. Pero los frailes del principio de la Edad Media no han cultivado la tierra más que en su pro-

pio provecho, para adquirir riquezas, poder y goces; la religión á la verdad, servía de pretexto para todo esto y de título de derecho para la toma de posesión de la tierra, pero su parte en la actividad civilizadora de los frailes no era más grande que por ejemplo en la de los emigrantes que fundan en nuestros días colonias en los países de Ultramar y crean en ellos nuevos valores. Las escuelas que han sido creadas por prelados y órdenes religiosas no servían igualmente más que para los fines de la Iglesia que se preocupaba ante todo de formar sacerdotes é incubar después en el alma de la juventud de las clases directoras concepciones y sentimientos que le fueran provechosos. En estas escuelas eclesiásticas se difundía, valiéndose de la ciencia formal, es decir de la escritura y de la lectura, de la gramática y de las materias que en el programa escolar de la Edad Media constituían el trivium y el quadrivium (1) las fábulas y los ensueños más absurdos, y lejos de despertar los espíritus, se les aletargaba. Los hombres hubieran sido sin duda alguna, más ilustrados, más inteligentes, más deseosos de conocer y más capaces de descubrimientos si hubieran sido educados fuera de toda instrucción escolar, como los Pieles Rojas antes de la colonización de la América del Norte por los blancos, que aprendiendo lo que les enseñaban en las escuelas y los maestros eclesiásticos.

Las religiones, dicen, habrían domado los instintos salvajes del hombre, le habrían enseñado la suavidad y el amor al prójimo. Esta pretensión no tiene mejor fundamento que aquella otra según la cual la religión habría favorecido la instrucción y la civilización. Las religiones primitivas permitían, probablemente todas, los sacrificios humanos; esto resulta de una manera casi cierta de los usos culturales cuyas huellas se encuentran hasta en los tiempos históricos. Los judíos de la época del éxodo de Egipto han sido constreñidos por la reli-

(1) El trivium comprendía la gramática, la dialéctica, la retórica; el quadrivium, la aritmética, la geometría, la astronomía, la música.

gión á exterminar hasta el último á todos los habitantes de la población de Canaán, á matar hasta sus rebaños, á destruir sus hogares y todo lo que poseían. El Islam ordenó á sus fieles llevar la guerra santa á todos los pueblos que podían abarcar y no dejarles á escoger más que entre la conversión y el degüello en masa. Los Cristianos perseguían sin piedad, á menudo con una crueldad espantosa, á los Arios, los Albigenes, los Vadenses, á todos los demás heréticos de la Edad Media, á los judíos, á los protestantes de los Países Bajos; los Hugonotes franceses no han dejado de ejercer sobre los católicos una venganza sangrienta cuantas veces han sido los más fuertes. ¿Dónde se ve en esta serie de matanzas y de torturas que se prolongan durante millares de años que la religión haya hecho la educación del hombre en suavidad de costumbres?

La religión, dicen también, habría suministrado á la moral una base y una sanción. Es verdad. Preguntad al que enseña la creencia y al mismo creyente: «¿Qué es lo que es bueno? ¿qué es lo que es malo? ¿Por qué debo yo hacer el bien y evitar el mal? ¿Y qué me sucede si hago el mal y descuido el bien?» Estas preguntas no les ponen en ningún aprieto; responderán con unción: «Es bueno lo que está mandado por Dios ó los dioses y lo que les es agradable, malo lo que detestan y prohíben. El mensajero autorizado de la voluntad de Dios ó de los dioses, soy yo. Tú debes hacer el bien para captarte la benevolencia de los dioses, hacer el bien para no atraer sobre ti su cólera. Si vives como un pecador, serás castigado aquí bajo ó en el otro mundo; si eres virtuoso, los dioses te concederán una recompensa temporal y eterna». Estas frases han podido determinar en algunos casos las acciones de hombres ordinarios desprovistos de fuertes impulsiones mientras creían en todo lo que se les decía; pero en cuanto el sentido crítico del hombre se hubo despertado, se encogió de hombros y no hizo caso ninguno de las afirmaciones pueriles de la moral religiosa, sino que se puso á obrar conforme á sus hábitos, pasiones y comprensiones. Esto es

lo que ya venía haciendo por lo demás como creyente, cuando sus inclinaciones y sus concupiscencias eran más fuertes que la inhibición que podían ejercer las representaciones de los dioses, de su cólera, de sus amenazas; no ha quedado pues la religión con respecto al solo incrédulo sin acción moralizadora alguna (esto no necesita demostración), sino también con respecto al creyente. Jamás han sido tan frecuentes los crímenes ni más abominables que en las más negras épocas de la antigüedad y de la Edad Media, cuando los hombres creían en la venganza directa de los dioses, como en el caso de Niobé y de las Atridas, en las Erinias, en el infierno y en sus tormentos eternos. Los malhechores no vacilaban en vender sus almas al diablo ó por lo contrario, en asegurarse por medio de preces y votos la indulgencia de Dios. Todavía hoy no faltan bandidos y asesinos que, la víspera de un crimen proyectado, ofrecen cirios y ex-votos, rezan en la iglesia para impetrar el buen éxito, llevan al cuello amuletos y estampas de santos y, una vez dado el golpe con buena fortuna, rinden gracias á esos tutores sobrenaturales de los cuales se creen ser favorecidos.

La verdad es que se ha considerado siempre como causa lo que era un efecto; no es la religión la que ha favorecido la instrucción, suavizado las costumbres, hecho al hombre más moral, sino que es la instrucción la que á medida de sus progresos, se ha esforzado por insinuar y, ante ciertos esfuerzos hasta puede decirse, por introducir violentamente en las fábulas groseras y pueriles de la religión un sentido hasta cierto punto razonable; son las costumbres más suaves las que poco á poco han despojado á la religión de su primitiva crueldad sanguinaria. Los instintos morales de los hombres se han mezclado con sus ficciones religiosas, las han invadido y las han adaptado á su propia tendencia.

La evolución del hombre está determinada por sus necesidades que le obligan á la observación la cual lleva á su vez al conocimiento. Bajo la influencia del conocimiento toda la vida intelectual se transforma poco á poco y hasta las cos-

tumbres profundamente arraigadas, convertidas en orgánicas modifican su forma petrificada. Al lado del conocimiento y como producto inmediato de las necesidades, se realiza en gran parte automáticamente, por debajo del umbral de la conciencia, una adaptación que se manifiesta bajo forma de vida instintiva. El hombre primitivo errante solitariamente no conocía otras relaciones sentimentales con sus congéneres más que el deseo sexual y el agrado mucho más obtuso y más apagado de la costumbre; no tenía necesidad de moral y no poseía ninguna. Cuando llegó á ser un hombre social, nuevas necesidades nacieron de la vida en común; si quería vivir con sus vecinos poco menos que en paz y evitar las riñas continuas, las violencias, la muerte ó por lo menos el destierro, tenía que aprender á contar con los demás, á vigilarse y á dominarse á sí mismo, hasta hacer sacrificios á fin de predisponer á los vecinos en su favor. De este hábito de pensar á propósito de cada acto, en el efecto que produciría sobre los vecinos, se ha originado empíricamente lo que se ha llamado después la moral, que es así no el resultado de un razonamiento teórico, sino el producto directo de la sociedad, una adaptación inevitable á las condiciones de la existencia en una colectividad. La representación siempre presente al espíritu: «¿qué dirán los demás?» deviene la voz de la conciencia que no es otra cosa más que la opinión pública interiorizada. El lazo entre el avisador interior y el ambiente exterior del cual es intérprete se va haciendo poco á poco más oscuro y más vago y la conciencia acaba por aparecer como un elemento normal de la personalidad, desligado del concepto evanescente de sociedad al cual debe su origen.

La conciencia funciona esencialmente como una inhibición; no formula más que órdenes negativas, opone prohibiciones á los impulsos: «¡no hagas eso!»—dice—á la vez que hace resonar simultáneamente, en ocasiones muy en sordina, la armónica superior: «Porque indispondrías contra ti á la sociedad». En una minoría de hombres que tiene una

imaginación singularmente viva y una sensibilidad refinada, la conciencia reviste una forma positiva; no se limita á impedir, sino que también provoca actos; no se contenta con prohibir, sino que también ordena; no dice solo: «¡no hagas esto!» sino también: «¡haz esto!» Del simple temor de desagradar á las compañeras se convierte en el deseo de captarse su confianza, de serles agradable, de inspirarles amor y admiración. El frío y prudente miramiento hacia los demás se convierte en el amor al prójimo caluroso, activo, en el altruismo cuya raíz psíquica está formada por la aptitud á representarse con viveza los sufrimientos ajenos y sufrir uno mismo á causa de una representación intensa de desagrado. Así es como el altruismo es una defensa contra el dolor actual, lo mismo que la conciencia es un medio preventivo contra un desagrado eventual, es decir una defensa contra un dolor virtual. Esta evolución y este enaltecimiento de la moral, desde la forma negativa á la forma positiva, no se realiza más que en pocas personas; en la mayoría de las gentes y en el caso más favorable, la moral continúa siendo negativa; en algunos está atrofiada ó falta totalmente. Las personas que padecen una hipertrofia morbosa del yo, que tienen un sentimiento monstruosamente exagerado de su poder, no guardan miramientos hacia los demás porque se creen en toda ocasión inmensamente superiores á los demás y no temen ni su desfavor ni su hostilidad abierta; en las personas que tienen impulsos violentos y una razón poco desarrollada, la acción inhibitoria de la representación de indisponer contra ellos á los demás, es impotente para contener sus deseos y para apartarles de actos capaces de suscitar la aversión de los demás. Estos de que se trata son los criminales por violencia congénita ó por debilidad, pero en todos los casos, en el criminal, en el observador correcto de los convencionalismos sociales y en el altruista de corazón afectuoso, las acciones y las abstenciones constituyen una ecuación continua de disposiciones psíquicas nativas, de inhibiciones y de impulsiones, de luchas entre las tendencias or-

gánicas y la representación de la sociedad. Para obtener una economía del esfuerzo los hombres han condensado esta representación en fórmulas cómodas; las consideraciones hacia los prójimos han sido resumidas en el Decálogo de Moisés, en los mandamientos de Manú y después en las leyes del Estado. Á las más antiguas de estas fórmulas los hombres han atribuído un origen divino, como lo han hecho en lo que concierne á los descubrimientos, las instituciones sociales, todo lo que existe desde siempre, todo lo que data de tiempo inmemorial. Han hecho remontar á un mandamiento de Dios la moralidad que resulta de la consideración hacia la sociedad y la inspección de los actos propios por los vecinos se convirtió en sus imaginaciones supersticiosas, en una vigilancia ejercida por poderes sobrenaturales. Es posible que la mezcla de representaciones místicas con la moral refuerze á veces la acción inhibitoria de ésta, que la creencia en su origen sobrenatural aumente el temor saludable al guardia civil; el hecho no es sin embargo seguro; parece muy dudoso si se piensa en el estado de la moralidad en las épocas de la fe más ardiente y de la superstición más crasa. En todo caso, la moral no tiene necesidad de una base religiosa y no va ganando nada con tenerla; continúa siendo lo que es, aún después de que se la ha desembarazado de todos sus aditamentos transcendentales. Se ha originado en las necesidades de la vida en común; es la condición de esta vida y existirá mientras los hombres continúen viviendo en común. La fe no ha impedido jamás á las naturalezas criminales cometer sus fechorías; siempre se ha visto obligada la sociedad á defenderse contra aquellos por los medios violentos y siempre tendrá que hacerlo así, que los criminales sean ó no creyentes. Los hombres ordinarios de la moral negativa, que son á su vez creyentes ó incrédulos, están por igual determinados en su conducta por las consideraciones hacia la opinión pública, las leyes, las costumbres, y hasta la minoría de altruístas halla la fuente de su moral positiva en su piedad, es decir en su sensibilidad más refinada y no en preceptos dog-

máticos que permanecerían siendo letra muerta para ellos si estuvieran organizados de otra manera. La religión ha carecido siempre de influencia sobre el origen y la evolución de la moral, lo mismo que no ejercé acción ninguna sobre sus manifestaciones vivas; se ha limitado siempre á incorporar á su sistema y á expresar en dogmas destinados á procurar á este sistema más sólido arraigo sobre los espíritus, las reglas á las cuales la moral ha llegado mediante el juego natural de las fuerzas que la han originado.

Consoladora, la religión lo ha sido sin duda para muchos, pero no tendría en realidad motivo para hacerlo valer en su favor, puesto que esto equivaldría á excusar la mentira á causa de su utilidad práctica y esa es precisamente la defensa cínica que emplean todos los impostores. Ciertó es que la afirmación de la inmortalidad despoja á la muerte de su carácter aterrador, la promesa de volver á ver á su hijo en el otro mundo ayuda á la madre á soportar el dolor de su pérdida, la idea de una recompensa por las buenas y de un castigo por las malas acciones y de una justicia eterna vierte un bálsamo sobre las aflicciones del pobre, del oprimido, del maltratado que no sabe á quien invocar contra la insolencia del poderoso. Pero este consuelo de las almas atormentadas no se obtiene sino merced al más malsano y más inmoral de los narcóticos: merced á cuentos fantásticos, á afirmaciones arbitrarias de las cuales un examen crítico revela en seguida la no existencia. El que pone en el activo de la religión el mérito de su acción consoladora, tiene si quiere ser lógico, que recomendar todas las supersticiones, los amuletos contra el mal de ojo, las fórmulas mágicas, la lectura de los naipes, la interpretación de los sueños, el espiritismo, puesto que á millones de hombres que creían en ellos, todos estos aspavientos han consollado de muchas horas amargas, han dado seguridad y confianza en sí mismos, han quitado un peso abrumador del alma y les han reconciliado con las crueldades de la existencia. Hay que ir más lejos todavía y atribuir hasta á los narcóticos físicos como el opio, la morfina y el alcohol, un

valor casi igual al de la religión, puesto que ellos también consuelan, hacen olvidar momentáneamente penas y sufrimientos, procuran, aunque á costa de la salud (como también por lo demás esa forma de religión que predica la mortificación de la carne y las torturas infligidas á sí mismo), sentimientos de placer artificiales. Los antiguos no han vacilado en dar ese paso encomiando la embriaguez como un alto don divino por el cual consagraban á los dioses un agradecimiento especial (1).

Ninguno de los méritos que la religión pretende hacer valer á los ojos de la humanidad puede ser sostenido; la religión no ha favorecido á la civilización, sino que la ha retrasado; ha perjudicado al conocimiento, no tiene parte ninguna en la suavidad de las costumbres; se ha insinuado en la moral, pero no la ha creado ni profundizado; no ejerce una acción consoladora más que sobre los hombres cuyo sentido de la realidad está obscurecido ó poco desarrollado; es todo lo más un epifonema de la evolución general sobre la cual no ha ejercido ninguna influencia ó en todo caso una influencia perjudicial. La evolución sigue su camino como resultado del conocimiento creciente, de la adaptación cada vez más perfecta á las condiciones que la naturaleza y la sociedad crean á la existencia humana, y arrastra en pos de ella á la religión con sus representaciones, sus dogmas, sus sistemas y sus formas de culto. Ninguna religión cambia espontáneamente sus doctrinas; no lo hace sino bajo la amenaza de una defección por parte de los creyentes, cuando la oposición entre ella y el conocimiento generalizado se hace demasiado flagrante.

(1) Federico de Rougemont. *Las dos ciudades. La filosofía de la Historia en las diferentes edades de la Humanidad*. Paris, 1874, tomo I, página 187: «Dionysios... consuela á los mortales de todos sus sufrimientos. El hijo de Semelé pone fin á la profunda tristeza (Penthos) de la humanidad, dándole á conocer la viña. Hubo un tiempo en Grecia en que los hombres creyeron que la divinidad misma les ofrecía el vino para hacerles olvidar sus dolores. Tomaron la embriaguez del jugo de la viña por un santo y celestial éxtasis».

Así es como constantemente, lentamente y á pesar de su resistencia, la religión es impulsada hacia adelante por la evolución intelectual general á la que trata en vano de detener y parar.

Los misterios de la eternidad han atormentado al hombre desde que se hizo capaz de pensar abstractamente. La idea de la muerte, del aniquilamiento completo de su personalidad le ha parecido siempre intolerable. El sentimiento de su anadamiento en medio de la inmensa fenomenalidad cósmica, de su desamparo en presencia de las fuerzas de la naturaleza indiferentes hacia él y no ocupándose de él para nada, ha sido siempre abrumador para el hombre. Las ficciones de la religión constituyen su tentativa más candorosa y más cómoda de hallar una respuesta á los problemas que le atormentaban, una protección contra la muerte, una posición menos humillante en medio del universo, un amparo contra la naturaleza cruel, una admisión en el círculo de sus fuerzas formidables. La necesidad que ha dado origen á la religión persiste y persistirá sin duda siempre, mientras haya hombres que sientan y que piensen; pero no se podrá siempre satisfacer con fábulas y cuentos extravagantes. Lo que es esto, puede predecirse con certeza, aunque sea difícil formarse desde ahora ya una idea clara de la manera como la humanidad del tipo medio alcanzando mayor ilustración, tratara de satisfacer su instinto de conservación bajo su doble aspecto, como sed de saber y como horror á la muerte. Vamos no obstante, á intentarlo en uno de los capítulos siguientes.